

SAN JOSE, COSTA RICA

15 de Febrero de 1914

Año IV



Núm. 75

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

dirigida por CARMEN LIRA



RUBEN COTO,
de los jóvenes escritores de Costa Rica

CO, ZELEDON
OMPAÑIA * *
* * EDITORES

LITERATURA, CIENCIAS
Y
CRITICA BIBLIOGRAFICA

20 cénts.

RENOVACIÓN

PUBLICACIÓN QUINCENAL

LITERATURA + CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

FALCÓ, ZELEDÓN & CÍA., EDITORES

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00

Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

Esquina frente al Correo — LECTURA BARATA — Apartado Número 638

INTERESA A LOS MAESTROS

— SABER: —

que en la LECTURA BARATA de Falcó, Zeledón & Cía.

Esquina frente al Correo

pueden adquirir las magníficas

Obras de texto y de consulta

que anunciamos en el Boletín Bibliográfico de la penúltima página.

Allí mismo encontrarán todos los

Textos de la Escuela Moderna

que pueden serles de gran utilidad en sus tareas. Lo mismo que magníficos Mapas Geográficos de las diferentes secciones del mundo.

San José, Costa Rica

15 de Febrero 1914

RENOVACIÓN

LITERATURA - CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

Año IV

FALCÓ, ZELEDÓN & Cía., EDITORES

Núm. 75

Manifiesto

A los trabajadores del Ideal

*Como un abismo en marcha
está roncando el Pueblo;
y son las convulsiones misteriosas
de este titán enfermo,
cataclismos que llevan hecatombes
dormidas, en sus senos.*

*La borrasca se anuncia. En el remoto
confin, gritan los truenos
con su grito que es voz entrecortada
por sollozos de fuego.
Se acerca, pues, el hórrido minuto
de las resurrecciones del Derecho.*

*Aves de tempestad, aves de lucha
que hacéis flamear vuestro valiente vuelo
como constelaciones de banderas
en el espacio de la Vida, inmenso....
cuando la racha azote las altivas
copas de vuestros cedros*

*y el clarineo herbóico de la turba
siempre burlada, conmocione el cielo,
no descendáis a la llanura humilde
a bañar vuestras plumas en el cieno
de la engañada fuerza que combate
contra su propio inmarcesible anhelo;
alza vuestra arrogancia a las alturas
donde se fragua el mal, y herid los pechos
de las soberbias cumbres que señalan
rumbo a la loca furia de los vientos.
He allí vuestra tarea,
aves de solitario pensamiento
que lleváis en las garras lo que un día
ha de romper el dombo de los cielos.*

*Desperezad las alas,
tened el ojo atento:
como un abismo en marcha
está roncando, con furor, el Pueblo.*

JOSE MARIA ZELEDON

Una idea

¿Qué persona en este país habrá enseñado a leer a mayor número de gentes?

Sería interesante averiguarlo.

A ese efecto abrimos un concurso en todo el país.

Quienes en él deseen tomar parte, no tienen que hacer sino enviar en una tarjeta postal de dos céntimos—que es el medio de comunicación postal más económico—el nombre de la persona que les enseñó las primeras letras.

Al maestro que obtenga mayor número de sufragios, le haremos un homenaje digno de la alta función que le ha tocado cumplir sobre la vida.

Pañuelada de cuentos

Entre los actos que en esta vida me han parecido sencillamente encantadores, está aquel de Rubén Coto con sus cuentos. Yo los había recogido para darlos al señor Editor de *Ariel*, quien pensaba hacer con ellos un número de su revista.

Una mañana llegó Rubén con un pañuelo claro que acababa de comprar y en él puso todos sus cuentos. Luego lo anudó y colgándolo de una de las paredes de mi cuarto, dijo: «Es una pañuelada de cuentos».

Y allí quedó por varios días suspendida de un clavo, la pañuelada de cuentos de Rubén, que nos hacía sonreír llenos de ternura cada vez que nuestras miradas la encontraban.

A mí me parecía que el pañuelo estaba repleto de lindas flores sin pretensiones, como las santaslucías color

violeta que adornan nuestros potreros y las veras de nuestros caminos, y que hubiesen sido cortadas en la mañana, cuando aun el sol no había bebido el rocío que la madrugada pusiera en sus corolas.

El señor Editor de *Ariel* y uno de los compañeros insinuaron la idea de que se bautizara el folleto con aquel nombre: «Pañuelada de cuentos».

Desgraciadamente no se pudo hacer la edición y hoy los cuentos han vuelto a mis manos. De entre éstos he sacado algunos para publicar aquí, con la esperanza de poder muy pronto ofrecerlos todos juntos en un tomo.

En ellos no se encontrará erudición. Son sencillos y bellos como sacados del corazón de chiquillo soñador y rebelde que hay en el autor.

La Dirección

A veces en primavera...

A Marisabel Carvajal

A veces en primavera, cuando el viento de la montaña se destrenza en susurros por entre las ramas y sigue a lo largo del campo pronunciando nombres de personas o de cosas, o aislados sonidos del alfabeto, vocales y consonantes, y el cielo está azul, una historieta vaporosa y blanca que vive fresca en el recuerdo, como en el fondo de una gruta el musgo, se deslíe en el pensamiento tiñéndolo también de blanco, y el espacio aparece entonces más azul y más bella la montaña.

Si deseáis aspirar tan sutil perfume, apartad de la imaginación todo pensamiento pecaminoso, y cubiertos los ojos con una venda de color de rosa, olvidad por un instante que bajáis ya la pendiente de la vida. En una palabra, tornad a los años de la infancia, a los años del encanto, de la pureza y del ensueño, cuando el corazón aun no sospecha el mal y nos pasamos los ratos ora en interminables confidencias con el gato, ora haciendo gestos a la luna, o bien buscando en el jardín—siempre en vano—la incógnita mata de cincos.

Yo tenía ocho años, es decir, dos más que Paulina.

Paulina era mi compañerita y apenas si nos separábamos alguna, muy rara vez. Por un senderillo abierto en la grama bajábamos por el río hasta llegar a la casita del señor Antonio, del maestro Antonio, más allá del puente.

El maestro Antonio era un viejo encorvado, había sido zapatero y peleó en la guerra del 56, y ahora vivía solo—solo en el mundo—cultivando un pequeño jardín. Nuestras frecuentes e intempestivas apariciones causaban en su ánimo evidente regocijo. Nos agasajaba con fresas, con moras y con fragantes ramitos de violetas que el anciano ataba con raíces aromáticas. No menos fragantes resultaban las historias que inventaba para regalo de nuestros infantiles corazones.

En las tardes, cuando era ya tiempo de partir, el buen anciano venía a despedirnos hasta el puente.

—«Id con Dios y amaos siempre. ¿Volveréis otra vez?»

Las palabras del viejo quedaban resonando en nuestros oídos como una música, como armonioso susurro primaveral. «Amaos siempre», esta frase nos llenaba de felicidad a mi compañerita y a mí. Era como la confirmación del cariño y de la ternura que mantenían unidas nuestras dos almitas de niños buenos, como a las violetas las raíces aromáticas con que el buen anciano las ceñía. «Amaos siempre». Si ya nos amábamos, si nos amaríamos toda la vida. ¿Por qué no?

El maestro Antonio quedaba contemplándonos desde el puente, a lo largo del sendero, hasta perdernos de vista. Y cuando por última vez tornábamos a mirarle, nos decía adiós con su viejo sombrero, o con su pañuelo rojo de guardas y flores amarillas.

Mas, he aquí que el destino, siempre cruel, nos sale al paso una tarde: Paulina se esconde dentro de la tierra para dormir y no despertar más.

Yo no podía respirar y el llanto más amargo y más ardiente inundó mis ojos. Me hacía daño el sol, y el aire, y las flores, y los pájaros y todo cuanto pudiera avivar en el recuerdo la imagen adorable de mi tierna compañerita ausente y oculta dentro de la tierra, oculta para siempre!

Tampoco el viejo zapatero era indiferente a la catástrofe. En su amplia frente, arrugada y seca, me fué fácil deletrear el pesar y la angustia que le dominaban. Viéndome llorar, lloró a su vez; pero se serenó luego y tomándome por la mano me llevó al jardín.

—No llores más, que podría oírte tu hermanita y esto la afligiría mucho.

—Pero si ella ha muerto.

—No, los niños buenos nunca mueren.

—Y entonces...

—Les salva su pureza. Es cierto que, cuando ya no hablan, cuando no contestan los llevan al cementerio y los cubren con tierra. Pero por la noche, el Hada Blanca, la Hija de la Luna, los recoge y los vuelve a la vida. Y unos se convierten en pájaros, otros en mariposas y los mejores se transforman en aromas y quedan flotando en el ambiente. A estos últimos no se les ve, pero, cuando es primavera, puede oírseles a ciertas horas del día y a veces por la noche. Pasan por sobre nuestras cabezas y van diciendo los nombres de las personas que fueron de su agrado, para demostrarles que las aman y no las olvidan.

—¿Y Paulina?

—Paulina es de estos últimos. Pasará nombrándote dentro de poco. Aguarda, aguarda, ¿no sabes que estamos en primavera?

Con los ojos muy abiertos quedé pensativo entre las flores. Paulina no tardó mucho tiempo. «Juan... an... n...» iba diciendo a través del jardín. Yo tenía en la mano un ramito de violetas atadas con una raíz aromática. Levanté el brazo y arrojé el ramo a lo alto calculando que pudiera caer en la adorable cabecilla de cabellos negros de mi compañerita. El viejo zapatero leyó en mi alma y me besó en la frente con ternura.

No sabía que fuera prohibido sentir...

Como mariposas de luz, transparentes, invisibles, las armonías partían del violín. Volaban y volaban, unas en pos de otras, buscando en dónde posarse, buscando sentimientos.

Los transeúntes, gentes de negocios los más, pasaban y pasaban, en busca de ocasiones, indiferentes a las frases del violín.

Al fin uno se detuvo: un arrapiezo de once años cuando más, limpios, muy limpios los pies; los pantalones y la blusa limpios, muy limpios y muy remendados; la gorra caída de lado e insuficiente a aprisionar aquella exuberancia de cabellos negros, los ojos, ojillos de conejo, negros también y muy vivos.

Colgando del hombro izquierdo llevaba una pequeña caja de pino rematada en una pieza también de madera que semejava la parte inferior de un zapato. Era, bien se ve, uno de tantos limpiabotas.

El violín seguía vibrando, ora suavemente, ya con potente brío; ora esparciendo dolorosas angustias, congostas desesperantes, o bien intensas dichas o regocijos plácidos; ya soltando al aire caravanas de trinos, o ecos de cascadas en que el bosque parecía articular su pensamiento.

El arrapiezo, olvidándose de todo, acercó el cajoncillo a la ventana y subió sobre él para oír mejor.

Nada, nada de aquello le era extraño: aquellas armonías las había vivido él—había reído tanto y tanto había llorado!— Aquellos regocijos habían sido suyos, y suyos también habían sido aquellos lamentos. ¡Cómo sabía el violín relatar la historia de su corta, de su fatigosa existencia! Recordó a Coralia, ausente desde el último octubre; recordó las risueñas tardes, dulces tardes perdidas acaso para siempre, en que, cogidos de la mano, iban juntos a la montaña; allá en lo umbrío, pasaban horas y horas al atisbo del trinar de los jilgueros, junto a un manantial que surgía de una comba del bosque. Después, ah! su hermanita había muerto, en un anochecer huracán, horrible. Cuánto había llorado su madre aquella noche; lloraba y llamaba a la muerta: «Coralia! Coralia! a qué dejarnos?» Lloraba estrechándole a él con toda fuerza, haciéndole llorar aún más... aun más...

De pronto, entre la parvada de armonías, asomó una nota sorda, sombría. Fué una congoja siniestra, desesperante como ninguna otra: un gemido, el mismo, el último exhalado por su hermanita al morir.

Aquella viva impresión conmovió de tal modo al pobre arrapiezo, que del rosal de su sentimiento brotaron con extraña fuerza florescencias de dolor.

En el momento en que el pequeño levantaba la manga de la blusa para enjugar en ella los torrentes de emoción, una mano torpe le asía bruscamente por el brazo, obligándole a bajar. El policial le miró salvaje y le indicó el camino con el bastón.

El limpiabotas quedó atónito, comprendió el peligro y dejó medroso la ventana. «Ah, murmuró, no sabía yo que fuera prohibido sentir...»

Una rosa y un beso

A Marta Zeledón Venegas

También los niños van al hospital. Ellos tampoco están libres de ser arrastrados por el dolor. Ni ellos!

Sus pobres cuerpecitos, tumbados en las hileras de pequeños catres, hacen la impresión de un puñado de pájaros sin alas, con los miembros vendados, privados del canto y muy tristes. De cuando en cuando abren los ojos desmesuradamente, unos ojos cargados de angustia, como diciendo: ya esto es demasiado, ¿por qué delito se nos condena a sufrir tanto?

Es la condición humana,—yo hubiera querido decirles.—Si el libro en que vuestra existencia va leyendo no queda cerrado de esta vez, si la vida os reserva nuevas congojas aun, cuando seáis hombres podréis encontrar dos respuestas a la cuestión que ahora parpadea en el fondo de ese quebranto que os doblega y os consume: si cerrando los ojos a la razón incorporáis vuestra individualidad en el manso rebaño que marcha extraviado por los laberintos del absurdo, os darán a entender que una divinidad omnipotente y justa y buena es la causa del quebranto que os consume y os doblega. Pero si libres del yugo que el dogma impone al pensamiento, y erguidos sobre la cum-

bre del raciocinio formuláis la interrogación, el por qué del dolor en los niños sólo será para vosotros una injusticia inexplicable. Y diréis conmigo: no, no debieran sufrir esos inocentes.

* * *

Los enfermitos del hospital son todos niños pobres. Pobres y enfermos, ¡vaya una suerte!

Sin embargo, en esta Nochebuena que pasó, algunos han tenido su poquito de fiesta con motivo de los presentes que les trajo *el Niño*. Ese niño Dios que a veces se muestra tan cruel.

A la pobre *Nina*, la huérfana que ocupa el número 10 de la segunda hilera, no le tocó nada en el reparto de juguetes. Salió lo que ella presumía, igual que el año pasado, y que el de más antes, y que el otro.

Y eso no fuera nada, la noche que pasó la infeliz. Al amanecer del veinticinco sentía como si tuviera un garfio candente clavado dentro del pecho, y en los accesos de todo lo que sentía dentro era ya un incendio; como a las siete se sintió mejor, pudiendo incorporarse un tanto. Con esa indiferencia en que se resuelve la resignación habitual,

abarcó a grandes rasgos, con la mirada, los modestos juguetes esparcidos aquí y allá en algunas camitas, y luego bajó los ojos tranquila y lentamente. «Dichosos!» iba a exclamar, cuando se dió cuenta de que su vecino de enfrente, el del número 6, no le quitaba los ojos de encima como si quisiera decirle: no has sido sólo tú la desventurada, de mí también se olvidó *ese Niño*, siguiendo su costumbre; sin embargo, estoy contento, he salido un ratito al jardín y traigo sol en todo el cuerpo.

En efecto, el del número 6 había iniciado esa mañana su período de convalecencia con un breve paseo al sol.

—Oye, dijo acercándose a la cabecera de *Nina*, te he traído esta rosa, la quieres?

La sorpresa de la enfermita fué manifiesta. ¿Sería posible que alguien tuviera una rosa para ella, para ella que sólo espinas había encontrado en su corta travesía de once años por una vida llena de aflicción?

La enfermita tomó la flor, y sus labios, conmovidos, pusieron un montoncito de gratitud en aquella mano amiga, la primera que tan dulcemente venía a acariciarla en su soledad desesperante, la única en once años!

El convaleciente del número 6 se sorprendió a su vez. Él nunca había soñado con que nadie llegaría a besarle así. Qué beso

aquel; era como si un rayito de sol, el más hermoso, el más tibio, el más lindo de los del jardín, tomando prestadas las alas de una mariposa blanca, hubiera venido a tenderse sobre la mano que ofreció la rosa.

Los dos pequeños no acertaron a decir palabra. En las miradas de ambos brilló algo extraño, algo muy hermoso, algo así como los resplandores de una estrella suspendida en el fondo más azul del Oriente. *Nina* oprimía la rosa contra su pecho y el del número 6 acariciaba el sitio, ya inolvidable, en donde aquel beso había venido a dormir...

Que siguiera, que siguiera en sus olvidos aquel extraño ser a quien los dichosos llamaban el buen Niño. A ellos, qué? Qué presente por rico que fuese podría igualar jamás aquel beso y aquella rosa?

En las miradas de los dos pequeños pacientes un astro tornó a avivar sus resplandores. Acaso sea esa la tan esperada estrella, pensé yo, que ha de guiar a los magos del pensamiento hacia el establo en donde alborea, cantado por las congojas del dolor que abate a los oprimidos y por los gritos de la justicia escarnecida, un nuevo ideal de redención, más alto, más graude, más puro, más hermoso y más fuerte.

Alegría de la mañana

En un modesto cuarto de estudiante pobre, en torno de una mesa redonda y a la luz de una vela, solíamos reunirnos los jueves por la noche, y también algunos dominos, unos cuantos escritores principiantes. Durante las sesiones, que no eran muy largas, se hablaba de arte y de poesía y cada cual daba lectura a la última producción de su pluma: ya un cuento, ya un romance o bien un poema, según la afición de cada uno de los del modesto grupo. Concluída la velada, nos separábamos alegres, en parejas, comentando el último poema leído, el último romance o el último cuento.

Una noche, después de haber escuchado la lectura de un canto amoroso, y cuando rematabamos con comentarios festivos la crítica de aquellos versos, uno de los camaradas, el más tímido de todos, sacó dos cuar-

tillas de su bolsillo y leyó con algún sentimiento lo que sigue:

«*La alegría de la mañana* es una campánula azul de corola tersa y brillante como seda. No tiene olor, es cierto, pero de tal manera impresiona la vista, y tan amable colaboración ofrece en el conjunto de belleza que presenta la campiña florecida, que no es raro se distinga, cuando se la tiene delante, algo así como un vago aroma si bien muy suave, no por esto menos atractiva. Su perfume, podría decirse, es el mismo de una buena acción, el de la carita de un niño, el de un buen deseo, el de un pensamiento bueno, o el que despiden las estrellas cuando el cielo es límpido en una noche de enero. Quiero decir que la fragancia que vierte la *alegría de la mañana* es algo esencialmente espiritual, negado a todo sen-

timiento bajo, abierto a cuanto se eleva por encima de la masa informe y grotesca que acumula con sus gestos la mediocridad de los hombres. A tan exquisitas gracias une la sencilla campánula su modestia: se manifiesta a los primeros parpadeos del día; pero luego, hacia las once, cuando la flor advierte que el sol y los hombres la contemplan con admiración y encanto, se ruboriza un poco y esconde sus gracias tras una cortina de los pétalos dormidos.

Alegría de la mañana fué, el corazón de la mujer que pasó a mi lado como mañana de primavera en lo más crudo del invierno, o como rayo de sol en el fondo más oscuro y frío de una cárcel—un día de congoja y de abatimientos.

Yo había descendido hasta el antro más lóbrego del hospital. En mi cabeza florecía la desesperación y una cadena de angustias me parecían las horas, horribles como furias.

Un jueves, ya de tarde, vino una joven campesina de ojos negros, de tez morena y

encendida y se puso a mirarme. Bajé la cabeza y con la vista al pavimento.

—Tome y no esté así, tan triste—me dijo y me alargó una flor de mirto que desprendió del seno.

—Gracias, repuse, y le besé con fervor la mano.

¿Calcularía aquella mujer cuánto bien iría a resultar de su sencilla acción? Estoy seguro que no. Qué fué de la buena muchacha de la cual, ya en la calle, nunca supe más? No llegué a saberlo. Lo que sí sé, es que guardo como una reliquia los despojos del oloroso ramillete y el recuerdo de la mano cariñosa que lo dejó en la mía haciéndome comprender cómo en una forma tan simple es posible hacer tanto bien a un hombre abatido, angustiado y solo.

Al terminar la lectura de su cuento, el autor se enjugó los ojos y puso a la vista de los demás un ramito seco. Tomé el ramo y traté de encontrarle algún perfume, y me pareció que tenía el de la belleza misma.

Pascualina

A Lilia González

Por encima de la verja verde de la ermita del Rosario se alzan, como banderas de gloria, las alegres, las rosadas florecencias de la bellísima. Siguenlas en su peregrinación hacia el espacio, madre selvas silvestres, azules campánulas. En las eras hay resedas, sandiegos, romeros, violetas, lirios, nardos y rosas. De éstas se cuentan algunas variedades: rosas de Jericó, de Castilla, mariscas y príncipe negro. Un durazno en flor domina el centro y en el tapial del fondo una tribu de guarías solteras esperan la ya cercana fecundación.

A lo largo del jardín, por entre manojos de yerbabuena, discurre un arroyuelo deshojando las rimas argentinas de un poema de cristal.

El Padre Apolonio, el solícito jardinero de la Virgen, acaba de hacer un notable descubrimiento:

—Las rosas se van...

El buen cura se llena de espanto.

—Horror, horror, horror!

Se santigua y se promete sorprender en flagrante delincuencia al sacrilego ladrón por medio de una vigilancia estricta.

El acecho comienza desde el día siguiente al amanecer. Oculto hacia el fondo del jardín, el celoso guardián vigila, observa, y anota. «A las seis, un senzontle entra volando por encima de la ermita, se detiene sobre el durazno, hace un breve registro de flauta, pero en eso descubre en su escondrijo al Padre Apolonio, siente miedo y se larga muy asustado por sobre la verja. A las seis y cuarto una sonrisa de sol cae sobre las flores, y dos minutos después ochocientas mariposas inundan el jardín trayendo no se sabe qué clase de encargo para las rosas; cumplida la misteriosa misión, las mariposas levantan el vuelo y se pierden en el espacio azul. A las siete un zopilote se encarama en la cruz de la ermita y toma un baño de sol con las alas extendidas. A las ocho, nueva embajada para las rosas: una comisión formada de dieciseis abejas por lo menos, vienen y les conversan de algún asunto importante. Y a las ocho y pico uno de los rosales se agita y se oye ruido como de tallos que se rompen.»

Un extraño calorífico recorre la espalda del Padre Apolonio. Abandona el escondrijo y

se dirige al sitio sospechoso andando sobre la punta de los zapatones; en el trayecto formula cien planes de captura: tomará al sacrilego por el cuello, le mirará a la cara, le dirá cuatro frescas y, luego, cataplún, a la calle! O, para que el correctivo resulte más eficaz, le zampará media docena de mojicones en la crisma, que bien merecidos se los tiene quien así viola el sagrado recinto. O, si no, levantará al audaz en vilo, y zas, de cabeza en la pila... Mas he aquí que en llegando al punto, todos los planes del buen párroco se desvanecen, los desvanece la mirada candorosa y dulce de Pascuala, la linda muchachita de cinco años, la primorosa Pascualina que invita al señor cura a bajar la más hermosa y la más alta de todas las rosas del jardín.

El Padre Apolonio, el solícito jardinero, el celoso vengador de la Virgen, se siente que no puede resistir; sin saber por qué, sin

adivinar la causa, obedece como un niño: baja la rama, desprende la flor y la coloca en el delantal de la pequeña.

Muy regocijada, la bella ladronzuela hace ademán de marcharse, toma por una de las avenidas y se dirige hacia la puerta.

El buen párroco reflexiona y siente escrúpulos: aquella rosa pertenece a la Virgen y él es quien debe recobrarla. Reflexiona más y se le ocurren procedimientos; por ejemplo, entrará en arreglos con aquel diablillo, le dará una moneda en cambio, eso es, eso es,

Ahora, el Padre Apolonio se encuentra muy asombrado. «Es extraño, exclama, una miniatura que me deja plantado con mi moneda y se larga llevando en triunfo una simple rosa cargada de rocío. No comprendo, es extraño... »

Efectivamente, el pobre hombre no comprendía.

Los castrados

Al pie de la cuesta pedregosa, junto al río oleoso y tranquilo se alza, en siniestro conjunto, la gran fábrica de cervezas como una mole de esfuerzo.

En el interior las ruedas cantan con muy variado acento y los émbolos rugen en furioso vaivén sin cansarse nunca. En la parte posterior del edificio, el manso río que lame los muros se desliza arrastrando residuos y podredumbres. Al verle tan tranquilo se diría que medita con pensamientos oleosos acerca de tan triste condición. Igual efecto hace en el observador la contemplación del inmenso buey que rumia su quebranto en un rincón de la fábrica en medio de barriles,

de fardos y de mozos de labor. Le llaman *El Sardo* y su fatiga cotidiana consiste en poner la cabeza a la yunta de caballos cuando éstos, cuesta arriba, van tirando del pesado carro cargado con productos de la fábrica. Entonces *El Sardo* une su esfuerzo al de los caballos y una vez vencida la jornada regresa hasta el bajo para ayudar de nuevo a la otra yunta que se prepara al ascenso. Tal es la condición del pobre, del manso buey: unir su esfuerzo poderoso al de los otros esclavos en la cuesta pedregosa de su destino, unirse a ellos en la servidumbre, nunca en la rebelión. He ahí la suerte de los castrados.

Del arrabal

Acabo de presenciar una de esas frecuentes escenas que ponen de manifiesto la monstruosidad de esa bestia que se llama la civilización, en cuyas ancas cabalga el presente por encima de sollozos y podredumbre. He visto que la madre de tres niños sin padre y sin más abrigo ni amparo que un pajizo techo, de seis años el mayor, racionaba para los pequeños, a la hora de almuerzo, un puñado de plátanos, sancochados apenas, y

un poco de agua ligeramente endulzada, por todo alimento. Los tres niños devoraron ansiosamente cada uno su miserable ración y luego se amontonaron en el suelo silenciosos, muy juntitos, muy tristes. La madre contemplaba el grupo como quien contempla la única ilusión que resta, hecha pedazos por el viento del desastre y cuyos despojos se aglomeran en informe montón...



A pesar de todo, la civilización marcha por el mundo con marcial continente y a sonoro trote. El pensamiento se interroga a sí mismo si no sería racional detener la bestia y reducirla a polvo ya que la cultura y la civilización actuales parecen inadaptables a la Justicia y a la Belleza.

Canto de las Hachas

Ham!... ham!...

Bienvenido el ardiente beso del sol! El pone brillantes estremecimientos en nuestras frentes para lumbre de nuestro oscuro destino. Sol amoroso, sol ardiente, grande como el pensamiento, poderoso como la voluntad, que nunca vuestro benéfico beso renuncie a nuestras frentes... Somos las Hachas vibrantes...

Regimos los destinos de la selva, árbitros somos en la espesura, nada resiste a nuestro avance y ante nuestras determinaciones tiembla silenciosa la montaña. Hicimos alianza, eterna alianza con los brazos robustos, y el sol selló el voto poniendo brillos

Mayores ventajas reportaría a la Humanidad la fuerza eléctrica aplicada como factor en una empresa de reparación social, mucho mayores que sirviendo de simple agregado a la civilización en la iluminación de ciudades o en la movilización de carros, en cuyo caso la aparición de la armonía no se haría esperar anunciada por una voz poderosa, por una sola, única, el trueno.

en nuestras frentes y palideces en la de la muchedumbre... Ham!... ham!...

Encina milenaria!, ceiba poderosa!, cedro titánico y sombrío!, oh! amos del bosque eriguídos como instituciones, no os envanezcáis mucho: *«ham! ham!»* es grito de victoria y marca el paso triunfal de la voluntad en marcha, implacable y heroica!

Hacheros garridos, brazos viriles y recios, eterna es nuestra alianza, la Humanidad nos reclama! Que vibren al unísono, bajo el sol, la voluntad y el acero al pie de las instituciones!

Ham!... ham!...

Rubén Coto

Cirugía política

Prólogo

Enrique Pérez, hijo de una nobilísima patria, Colombia, que ha tenido que sufrir últimamente los zarpaños de la desatentada codicia de los poderosos de la tierra, es uno de esos hispanoamericanos que lejos de verlo todo en rosa y oro en la llamada joven América, lo ve acaso, me parece, en excesivo negro.

Casi todos los hispanoamericanos que conozco y trato, lo mismo que los españoles, pecan por uno u otro extremo o se pasan de optimistas o de pesimistas. O lo ven todo con los rosados colores del alba de un día muy largo y muy espléndido o con las tintas sombrías del ocaso que anuncia una noche triste y tal vez inacabable. En los unos

parece obrar la singular petulancia que en sus hijos infunden esos países de rápido enriquecimiento, y en los otros esta tristeza que se apodera de los que ven a su patria acechada por aquellos pueblos que buscan empleo a su capital sobrante y saben que una tierra no es de los que la trabajan, sino de los que aportan el capital para que trabajen éstos.

Y Enrique Pérez que propende más que a otra cosa al pesimismo, por lo menos en cuanto al estado presente de la América Hispánica se refiere, se ampara de preferencia, al desarrollar sus puntos de vista, en nuestro gran Jeremías español, profeta de grandes desventuras, en Joaquín Costa.

Conocí y traté a Costa y hasta colaboré en dos de sus empresas, en la información que

hizo abriera el Ateneo de Madrid sobre la oligarquía y el caciquismo y en sus investigaciones sobre el derecho consuetudinario de España. Y poco después de su muerte consigné en un estudio que en la revista *Nuestro Tiempo*, de Madrid, le dediqué, lo que acerca de él y de su obra, tan ligeramente juzgada por lo común, según creo, pensaba y sigo pensando.

Mas ahora he de limitarme a indicar que Costa por temperamento, y en sus últimos días más que por temperamento, por enfermedad—que fué muy larga y muy penosa la que le llevó al sepulcro—era un pesimista, y de las pinturas que hacía del estado actual de España hay que quitar mucha, pero mucha, muchísima tinta negra. No sé si en otras partes, pero en España al menos, la manía de quejarse y hasta de calumniar a la propia patria, es muy antigua y muy arraigada. Los más de los juicios disparatados que con tanta frecuencia emiten sobre España los extranjeros que la han visitado se fundan más que en lo que han visto, en lo que han oído; no en lo que presenciaron pasar por sí mismos, sino en lo que les dijeron aquí que pasa, cuando en realidad no pasa como les dijeron.

Respecto, verbigracia, a la miseria fisiológica en España y a eso del número de gentes que se acuestan cada día sin haber comido, no se puede hacer demasiado caso de lo que decía Costa. La estadística apenas si existe en España y aun dentro de la estadística hay observaciones tan falaces, como aquella de comparar lo que consume, en término medio de azúcar, un español y lo que consume un inglés, no entrando en cuenta, claro está, el azúcar que el español consume en forma de frutas: uvas, naranjas, higos, higos chumbos, etc.,—y no de terrones industrialmente obtenidos, y sin considerar tampoco que el tomar el sol ahorra de tomar azúcar. Y nada digo de esa leyenda que respecto al número de analfabetos que hay en España corre en ella y fuera de ella.

Pero Costa no fué tan profundo pesimista cuando creyó en la eficacia de una operación quirúrgica, como por lo que hace a la América Hispánica cree Enrique Pérez. Claro está que tanto Costa como el autor de este libro quieren que se una a la operación quirúrgica el tratamiento médico, pero me parece observar que dan a la primera, a la ci-

rugía, una importancia desmedida y desde luego mucho mayor de la que a la medicina conceden.

Y uno de los más sutiles y más eficaces procedimientos médicos es el de inspirar al enfermo confianza en sus propias fuerzas y no alarmarle demasiado no sea que se acobarde.

Para dirigir un pueblo—y le dirigen los que le hablan y para él escriben—hay que saber, como para dirigir a un niño y educarle, combinar el freno con la espuela, y ni desanimarle ni animarle con exceso. En esto del tira y afloja educativo está todo el arte del conductor de pueblos.

Plantéase en este libro, entre otros problemas, uno de los más sugestivos que la historia humana nos presenta y es el del tirano bueno o malo. Este problema se nos pone a cada paso ante la mente estudiando la Historia de la América Hispánica que tan fecunda ha sido en déspotas. Y es un caso curioso el que no pocos de éstos hayan sido verdaderamente populares y adorados por su pueblo. Si Dios me da salud y tiempo y llego a escribir un trabajo que proyecto sobre Rosas, Rodríguez, Francia y otros tiranos, espero entrar algo en ese problema y y rebuscar todo lo que de base económico-social haya en ello. Estigmatizolos con el dictado de tiranos sobre toda aquella minoría que formaba una cierta clase social burguesa, atenta a enriquecerse, sobre todo, europeizante, y para lo cual un cierto número de libertades de lujo—como lo es la libertad de volar para el que carece de alas o la de conciencia, en el sentido en que en este caso se toma, para quien no la tiene en tal sentido—estaban por encima hasta de la honradez administrativa. Y el pueblo analfabeto que veía no le faltaba trabajo, se cuidaba muy poco, y es natural que así sea, de que hubiese o no libertad de imprenta. Hay que desconfiar de los juicios históricos fraguados por los hombres de pluma.

Lo malo de la llamada tiranía buena, del porfírisimo como alguien la ha llamado, es que acostumbrado el pueblo a delegar, a descansar en quien manda, distiende y afloja los caracteres y acaba embotando la conciencia patria. Su mal es el de una paz muy prolongada. Todo pueblo para vivir vida de progreso necesita lucha, interior o exterior. Y hay veces en que la rareza de revolucio-



nes en un país, lejos de ser síntoma de vitalidad pública es todo lo contrario.

Mas dejando todo esto y viniendo a otras cosas, parece, por todo lo que uno lee que en la América Hispánica se escribe y por este libro que va despertando en ella la conciencia de su unidad, su americanidad hispánica, y que despierta ante el sentimiento de peligros que la amenazan, el yanqui desde luego, acaso el alemán, ¿y quién sabe? algún día tal vez el japonés.

He dicho alguna otra vez, mas quiero ahora repetirlo, que los países, y más aun los llamados nuevos, o sea las colonias—y en cierto respecto las naciones hispanoamericanas, a pesar de su independencia, no han dejado en su mayoría de ser colonias—no son tanto de los que fecundan su suelo con su sudor y su trabajo, como de los capitalistas que explotan la colocación de sus productos, la importación de géneros a ella o la exportación desde ellas y sus grandes empresas industriales. Y esos capitales son, por lo regular, extranjeros. La dependencia económica de la mayoría de las naciones hispanoamericanas es evidente, y con esa dependencia no puede ser muy sólida la independencia política. Y si tuvieran que sacudir el dominio de España es no tanto porque ésta fuese un amo tiránico—que la tiranía de España en América es una leyenda que pasó de moda—como porque era un amo pobre. España no estaba, por su pobreza y escasez de capitales, para explotar de un modo equitativo sus colonias americanas, llevando la prosperidad material a ellas. Y ya dijo Aquiles que lo peor que se puede ser en la tierra es criado de amo pobre. España era nn amo pobre, una nación arruinada y los Estados Unidos son un amo rico. Aquí está todo.

Es, pues, la independencia económica lo que tienen que cobrar las naciones hispanoamericanas y forjar sus conciencias nacionales y robustecer su base de justicia económica. Tienen la ventaja de que en la mayor parte de ellas no existe el fantasma del clericalismo—que no es, aquí, en España, por lo menos, sino un fantasma—que les pueda distraer y desviar de ese su principal propósito. Y es la justicia económica la que puede librarlas también del caudillismo, puesto

que el caudillaje se organiza y se mantiene para la explotación económica.

Claro está que esto no excluye ni mucho menos, antes bien la incluye, toda labor de solidaridad espiritual, a base principalmente del idioma, entre los pueblos hispanoamericanos, y no digo latinoamericanos porque eso de latino es poco claro y menos preciso, más una categoría lingüística que étnica, y si se quiere incluir al Brasil, en que se habla portugués, y no se admite la denominación tradicional de Hispania para la Península toda ibérica, era mejor llamarlos iberoamericanos, pero nunca latinos.

Creo, además, que la justicia económica, sería la mejor base para esa confederación espiritual hispanoamérica de que Enrique Pérez habla con devoción y que tantos otros han tratado y últimamente con verdadero fervor un compatriota del autor de este libro, el colombiano Diego de Mendoza.

Cierto es que para todo esto se tropieza, como muy acertadamente indica Enrique Pérez, con la inercia de las masas, que en una de esas naciones lleva el lastre del elemento indígena, por naturaleza y por educación inerte, y en todas la acción del emigrante que no se preocupa gran cosa de la justicia con tal de hacer dinero. Y el patriado, las familias con algún arraigo tradicional en la tierra, conviértese fácilmente en oligarquía.

Es de creer, sin embargo, que el progreso, por así decirlo, automático de esos países que resulta de su creciente densificación de población y afincamiento de capitales traerá, sin cirugía alguna, el remedio a los más de los males que—¡ojalá fuese con toda la exageración que yo supongo!—denuncia Enrique Pérez. Y en el fondo acaso lo más de ello depende de vías de comunicación y nada más. Hace ya muchos años que Sarmiento dijo: «el mal de la República Argentina es su extensión. La América Española es hoy demasiado grande para la población que encierra».

Este libro de Enrique Pérez hará que muchos paren mientes en ciertos problemas, y que los que han pensado ya en ellos los vuelvan a pensar. Y no es poco.

Miguel de Unamuno

Lea el 'Boletín Bibliográfico' No. 3 de la última página. Le interesa.

Un capítulo del libro

He dicho que los titulados partidos políticos han hecho quiebra en algunos pueblos de América tropical. No podía ser de otro modo. Se ha sacrificado la libertad al exclusivismo, a la intransigencia, a la persona de los caudillos, al sectarismo, a las oligarquías. «Donde la libertad, no acompañada por un vivo sentimiento de solidaridad humana, es la norma suprema, el egoísmo será siempre la sombra inevitable del cuadro». Esas palabras de José Enrique Rodó, mentalidad de las más sobresalientes de América, expresan todo mi pensamiento. La juventud de mi país, ajena a esos exclusivismos a esas intransigencias, ha querido reaccionar contra el egoísmo de las sectas filosóficas que han llevado allí el rótulo de partidos políticos. Ese generoso intento no ha sido afortunado. No podrá serlo mientras los aspirantes a reformadores carezcan de aquella condición que, al decir del pensador uruguayo, es indispensable para inflamar el fuego del pensamiento con que se forjan las revoluciones morales. Cuando la juventud universitaria de Caracas se irguió indignada contra la dictadura de Guzmán Blanco y dió forma a su protesta derribando las estatuas del caudillo, pudo pensarse que una era de dignidad y de cultura alboreaba en la patria del infortunado precursor de la independencia americana. No fué así, sin embargo. Venezuela estaba predestinada a pasar por la prueba de un despotismo tan humillante y vergonzoso como el de Cipriano Castro. ¿Qué se hicieron durante el oprobioso septenio los reformadores venezolanos que antes habían derribado las estatuas de Guzmán con todo y que éste no pretendió nunca convertir a su patria en un serrallo? A esa juventud y a sus conductores les faltó el fuego del sentimiento con que se forjan las revoluciones morales. Tal fué el caso de Colombia cuando en 1909 la juventud universitaria y sus conductores iniciaron la era llamada *republicana*.

Es que para ser reformador no basta escribir artículos de periódico, hacer derroche de recursos oratorios en la plaza pública. Visto está, y ya lo he anotado antes, que artículos y discursos sirven de escabel a los más avisados para sobresaír, para *épater les bur-*

geois y escalar los más altos puestos. Mas quienes de esta suerte se imponen nada reforman. Precisa que el reformador empiece por transformar en sí mismo la idea en sentimiento: que se apasione y exalte por su idea, con la precaución que arrostra las persecuciones y el martirio; y además, que demuestre la constancia de este amor *por medio de sus actos*, haciendo de su vida la imagen animada, el arquetipo viviente, de su palabra y su doctrina. El verdadero «inventor» de una idea en el mundo es, pues, el que primero la transforma en sentimiento propio y la realiza en su conducta. Pero aun no son suficientes esas dos condiciones para que la iniciativa del apóstol alcance la virtualidad que la convierte en substancia de los hechos históricos: ya que puede el apóstol apasionarse por su idea, y rendirle la vida en holocausto, y haberla hecho carne en su conducta, y a pesar de ello no dejar en torno de su nombre más que silencio y soledad; sino que la «palabra» y los «actos» del reformador «han de tener la virtud comunicativa», el «irresistible poder de sugestión», el don simpático que solemos llamar «prestigio» y que hace que, dejando de ser aquellos actos una excepción individual, se difundan por la imitación y el ejemplo: de donde concluiremos definitivamente que el verdadero inventor de una idea, con relación al mundo moral, «es el que la transforma en sentimiento, la realiza en conducta y la propaga en ejemplo»... Concretaremos de manera más simple y breve lo que va expresado, si decimos que lo que importa en el origen de las revoluciones morales es, ante todo, la personalidad real y viva del reformador: «su personalidad» y no, abstractamente, su doctrina (1).

La cita que precede es de suma importancia. Deben meditarla ciertos pseudo-reformadores de América tropical para quienes las opiniones del autor tienen indiscutible autoridad, no obstante que casi pudiera afirmarse que no las han comprendido. No se han dado cuenta de lo que ese apostolado reclama de ellos; de ahí su fracaso. Sienten la

(1) Rodó.—*Liberalismo y Jacobinismo*.

necesidad de la reforma, mas no son capaces de llevarla a cabo. Simples hacedores de frases, ni sus palabras ni sus actos han tenido la virtud comunicativa, el irresistible poder de la sugestión. No han logrado transformar en sí mismos las ideas en sentimientos; les ha faltado el apasionamiento que arrostra la persecución y el martirio; no han hecho de su vida, en fin, la imagen adorada, el arquetipo viviente, de su palabra y su doctrina. Es deplorable que generosos ideales de fraternidad y acercamiento en los elementos moderados de todos los partidos hayan hecho quiebra a raíz de su iniciación, debido a la sombra de egoísmo sobre ellos proyectada por espíritus demasiado débiles para despojarse de sectarismos. Tal fué el fracaso en 1910 de lo que en Colombia se llamó Unión Republicana en 1909. El noble y desinteresado propósito, al cual parecieron aportar su contingente personalidades salientes de todos los partidos, entrañaba para los hombres de buena fe la creación de un partido nuevo bajo cuya bandera encontrarán asilo todos los hombres de buena voluntad que vieron en ese movimiento un fin patriótico y no un medio egoísta. Mas para los que de mala fe lo secundaron,—y éstos fueron los más,—no significaba otra cosa que un medio artero para salvar, como los hechos lo comprobaron luego, al favor de procederles desleales, unas instituciones tambaleantes con el apoyo de aquellos que desde muchos años venían siendo víctimas de esas instituciones. No piensen, sin embargo, los extremistas adversos a la creación de dicho partido, que mis palabras vienen a darles la razón. No fueron, entiéndase bien, las ideas las que fracasaron. Fueron los iniciadores, los reformadores que no supieron ser arquetipos vivientes de su palabra y de su doctrina, que no lograron inflamar la idea con el fuego del sentimiento, y se dejaron engañar por aquellos que entraron en la evolución con el egoísmo y la traición en el alma.

La idea vive. Tarde o temprano habrá de arrollar cuanto a su triunfo se oponga. Triunfará porque las viejas sectas filosóficas, bautizadas allí con los pomposos nombres de partido conservador y liberal, han hecho bancarota.

La secta conservadora ha convertido la religión católica en bagaje de sus especulacio-

nes. Se ha escudado con la Iglesia. No puede negarse que conoce el medio y ha obrado con talento. Ha comprendido, para explotarlo, cuán poderoso es el sentimiento religioso de las masas. De otro lado, la secta liberal se ha encargado de avivar el fuego de ese sentimiento. Ha combatido el catolicismo olvidándose de que es la religión predominante, por no decir la exclusiva. Ha confundido las creencias de la población con el clericalismo especulador, sin reflexionar en que «para oponerse a los esfuerzos reaccionarios del clericalismo,—me apoyo en la autoridad de Rodó—no es preciso hacer tabla rasa de la gloria de las generaciones inspiradas por la idea católica, cuando esta idea era la fórmula activa y oportuna; como para combatir las restauraciones imperiales no han menester los republicanos franceses repugnar para la Francia la gloria de Marengo y Austerlitz, y para combatir la persistencia política y social del caudillaje no necesitamos nosotros desconocer la fuerza fecunda y eficaz que representó la acción de los caudillos en el desenvolvimiento de la revolución de América».

Lo que más ha contribuido a vigorizar el jacobinismo conservador ha sido la actuación anticatólica del jacobinismo liberal. Los caudillos de éste último imaginan ahora que no tocando en sus programas la cuestión religiosa, que guardando el silencio de las tumbas cuando se les pide que definan a ese respecto sus propósitos, logran engañar a multitudes en las cuales el sentimiento religioso llega a ser más poderoso,—así lo han declarado sus voceros,—que el sentimiento de patria. Los engañados son ellos mismos, los caudillos del jacobinismo liberal. Ni éstos, ni los jacobinos inquisitoriales tienen otro concepto de la libertad que el de ejercerla sin medida, sin respeto por el de las demás. No tienen tampoco otro concepto de la tolerancia que el de exigirla toda, sin tenerla para con nadie. Unos y otros, jacobinos conservadores y jacobinos liberales, enarbolaron la bandera de la concentración de sus respectivos bandos cuando vieron la probabilidad de que en Colombia un tercer partido, moderado y patriota, viniera a emancipar la conciencia nacional, a liberarla de los viejos ídolos. Ninguno de los dos presentó programa definido y concreto. El argumento más poderoso, en su concepto, para

combatir la nueva tendencia es el de que las hibridaciones políticas son imposibles. ¡Dos quebrados políticos dándole lecciones al país! Muy bien si hubieran traído al debate alguna idea, la exposición de algún propósito elevado y noble; «pero suscitar primero la agitación para buscar después pretextos que la justifiquen, tocar primero a rebato para descubrir después el peligro a que deba correrse; componer primero la tonada para después idear la letra que haya que ajustar a su ritmo, eso no puede parecernos más que fuerza perdida y bulla estéril, propia para alborotar a los muchachos y sacar a luz toda la prendería de las declamaciones antipapales y antiinquisitoriales, pero absolutamente vana para cuanto signifique un adelanto positivo en la marcha de las ideas, una conquista sola en el sentido del pensamiento libre (1)».

No resisto a la tentación de apoyarme una vez más, en la opinión del escritor uruguayo, cuyas ideas concuerdan en este particular con las mías y expresan mi pensamiento mejor que pudiera hacerlo mi incompetente pluma. Llamo muy especialmente la atención sobre lo que habré de copiar enseguida, de todos los que en mi país se oponen con todas sus fuerzas al desarrollo de la idea que dió origen a la formación de un partido antijacobino, y que no es otra cosa que el reconocimiento de una tendencia, definida de tiempo atrás en nuestras luchas políticas. Tendencia que si hasta ahora no cuenta con toda la opinión que merece, no ha sido porque el pensamiento generoso que la inspira carezca de potencialidad, sino por falta del apóstol que, para llevar a cima la palingsesia social y política, empiece por transformar en sí mismo la idea en sentimiento.

«No cabe duda de que la filiación directa de esta escuela pseudo-liberal se remonta a la filosofía revolucionaria del siglo XVIII, a la filosofía que fructificó en la terrible lógica aplicada del ensayo de fundación social del jacobinismo, y que, por lo que respecta al problema religioso, culminó en el criterio que privaba en las vísperas de la reacción neo-católica de Chateaubriand y Bonald: cuando se escribían y divulgaban *Las ruinas de Palmira*; cuando se admiraba a Hol-

bach y a Le Mettrie; cuando las religiones monstruosas, urdidas calculadamente por unos cuantos impostores solapados y astutos, para sentar su predominio sobre un hato de imbéciles, soporte despreciable de las futuras creencias de la humanidad.

«El criterio histórico era, en aquella filosofía, como lo es hoy en las escuelas que la han recibido en patrimonio, la aplicación rígida e inexorable de unos mismos principios al juicio de todas las épocas y todas las instituciones del pasado, sin tener en cuenta la relatividad de las ideas, de los sentimientos y de las costumbres; por donde fases enteras de la historia: La Edad Media, la España del siglo XVI, el catolicismo, el feudalismo,—eran condenados de plano, sin la piadosa excepción de un hecho o un nombre, como estériles, perversas, afrentosas y estúpidas.—Si renunciando a la implacabilidad de sus odios, aquella filosofía se levantaba alguna vez a la esfera de la tolerancia, jamás pasaba de la tolerancia individualista y displicente de Voltaire o de Bayle, que no se funda en intuición de simpatía, en penetrante poder de comprensión, como la de un Renán o un Sainte-Beuve, sino en una sola fría lenidad intelectual. Y todos estos rasgos característicos se mantienen en las escuelas que representan, más o menos adaptado a las condiciones del pensamiento contemporáneo, el mismo espíritu; con la diferencia,—no favorable, ciertamente, para éstas,—de que la filosofía de la Enciclopedia tenía, para sus apasionamientos e injusticias, la disculpa de la grande obra de demolición y allanamiento que había de cumplir para cooperar en los destinos del mundo» (1). Y luego dice:

«El sentido de la obra intelectual del siglo XIX es, en suma, la tolerancia; pero no sólo la tolerancia material, la que protege la inmunidad de las personas, la que se refiere a derechos y libertades consignables en constituciones y leyes; sino también, y principalmente, la tolerancia espiritual, la que atañe a las relaciones de las ideas entre ellas mismas, la que las hace comunicarse y cambiar influencias y estímulos, y comprenderse y ampliarse recíprocamente: la tolerancia afirmativa y activa, que es la gran escuela de

(1) Obra citada.

(1) Obra citada.

amplitud para el pensamiento, de delicadeza para la sensibilidad, de perfectibilidad para el carácter.»

Cuando esto escribía, Rodó sostenía polémica con algún liberal extremo de su país que trinaba contra que se colocasen crucifijos en las salas de los hospitales.

«No le agrada—dice—esta tolerancia al distinguido portavoz del «Centro liberal», que ve en ella una suerte de claudicación pasiva; y nada manifiesta mejor la índole sectaria y estrecha de su liberalismo.—Dando la «verdad» y el «error» en cierto género de ideas, la significación absolutamente precisa, con que se ilusionan todos los espíritus dogmáticos; que excluye cuanto hay de subjetivo y relativo en las opiniones de los hombres; que prescinde de la eterna plasticidad y el perpetuo «devenir» de las fórmulas de la verdad, reduciendo la complejión infinita del pensamiento humano a la simplicidad de una lucha teogónica entre un Ormuzd todo clarín y un Ahrimán todo tinieblas, concluye que no hay tolerancia legítima con el «error» encarnado en ideas o instituciones, sino que la «verdad» ha de perseguirlo sin tregua ni misericordia, para que no envenene las conciencias, y que esta implacable hostilidad y represión es «una grande obra de amor humano.»

El portavoz del «Centro liberal» uruguayo veía en la tolerancia preconizada por Rodó una claudicación pasiva. El caudillo portavoz de la concentración liberal y los caudillos de la cruzada conservadora, jacobinos todos, califican en Colombia, de tráfugas y de traidores a los moderados de origen liberal y conservador. Viene esto a comprobar que la cirugía política que considero indispensable para la redención definitiva de mi patria y de otros pueblos de América tropical, puede ejercitarse también, en cuanto a la cuestión religiosa, al sur del Continente.

Nada hay más terrible en América que esas oligarquías poseedoras de la verdad. Como lo dice el filósofo de Montevideo, siempre habrá mil respuestas, absolutamente distintas, pero indistintamente seguras de sí mismas, para la eterna pregunta de Pilatos: «¿Qué significa la verdad?» «¿Por

qué inutilizas, monje de la Edad Media, ese precioso manuscrito, para emplear el pergamino en las fórmulas de tus rezos? Porque lo que dice es falso y lo que yo voy a estampar encima es la verdad.—¿Por qué incendias, califa musulmán, los libros de la Biblioteca de Alejandría? Porque si no dicen más que lo que está en mi Ley, que es la verdad, son innecesarios, y si dicen lo que no está en mi Ley, son mentirosos y blasfemos.—¿Por qué rompes, cristiano intolante de los primeros siglos, esas bellísimas estatuas de Venus, de Apolo y de Minerva? Porque son dioses falsos que disputan su culto al Dios de la verdad.—¿Por qué despedazas, sectario calvinista, las imágenes de ese templo de Orleans? Porque mi interpretación de la Biblia, que es la verdadera, me dice que son ídolos del error.—¿Por qué profanas, gobierno revolucionario, las naves de Nuestra Señora de París? Porque allí tiene su nido la mentira que estorba el paso a mi verdad.—¿Por qué arrojas al fuego, inquisidor español, esos tesoros de literatura oriental de Salamanca? Porque quien los conociere podría tentarse a abandonar la verdad por el error.—¿Por qué incluyes en tu «index», pontífice romano, tantas obras maestras de la filosofía, la exégesis y la literatura? Porque represento la Verdad y tengo el deber de guardar para ella sola el dominio de las conciencias.—En el desenvolvimiento de esta lógica, es bien sabido que las personas mismas, en sus inmunidades más elementales y sagradas, no quedan muy seguras... Todo está en que se entenebrezca el horizonte y se desate la tormenta. Y así, todas las intolerancias que empiezan por afirmar de un modo puramente ideal y doctrinario: «Soy la eterna, exclusiva e inmodificable verdad», pasan luego, si hallan la ocasión propicia, a auxiliarse del «brazo secular» para quemar libros o romper estatuas, cerrar iglesias o clausurar clubs, prohibir colores e interdecir himnos; hasta que el último límite se quebranta, y las personas no son ya más invulnerables que las ideas y las instituciones; y partiendo por rumbos diametralmente opuestos, se unen en el mismo culto de Moloch—como caminantes que, dando la vuelta redonda, se

RENOVACION se puede adquirir desde el 1^{er} número

asombrasen de llegar al mismo punto,— Torquemada y Marat; Jacobo Clement y Barére; los sambartolomistas y los septembristas; el Santo Oficio y el Comité de Salud Pública, los expulsadores de moros y judíos y los incendiarios de iglesias y conventos.»⁽¹⁾

He citado tan extensamente a Rodó por dos razones: Porque su indiscutible autoridad en los países americanos en donde el apostolado de la cultura reclama el contingente desinteresado de cuantos se preocupen por su porvenir, viene a prestarle a este

ensayo el mérito de que carece. Tal es la primera razón; y la segunda: porque vulgarizar ideas, expresadas mejor que pudiera uno intentarlo, ideas que contribuyan a vigorizar con su prestigio y su savia generosa el árbol de la libertad en otros climas y en otras latitudes, es labor enaltecedora para quien la emprende y el mejor medio de manifestar nuestra gratitud a los apóstoles de la cultura.

(Del libro *Cirugía política*, de Enrique Pérez. De venta en la librería «Lectura Barata», de Falcó, Zeledón & C^a

Ya no hay flores...

Para Billo, recordando

En su oficina—adonde vamos a verlo a menudo, entre las filas de libros alineados como un batallón de pensadores—el buen amigo que ha vivido siempre en nuestro medio en un gesto de valerosa resolución ante todos los desastres, y que pone sobre la rudeza de esta hora de groseros mercantilismos la amable nota de su sentimiento, porque cree con Ugarte que «más difícil que vivir el ensueño sin la vida es vivir la vida sin el ensueño»—nos dijo con una sonrisa de satisfacción, «vean, los gajes de los versos» y nos mostró un bonito ramo de violetas.—Hace tiempo hice unos versos para una niña. Amable y buena, me trae desde entonces todas las semanas un ramo de flores que, colocado sobre mi mesa de trabajo, en las largas horas de la fatiga diaria, carga el ambiente de perfumes que son como perfumes de agradecimiento».

Y yo, que me guardo un poema inédito para recitarlo alguna vez en una hora propicia a la tristeza, un poema amargo y doloroso, me puse a recordar:

Yo también hice un canto a una mujer, el canto de mi esperanza, el canto apasionado de mi anhelo; lo formé con gotas de mi propia sangre, con palpitations de mi espíritu in-

quieto, con las ansiedades de mi alma. Así, en una suprema aspiración, con la misma devoción conque el labriego entierra la simiente en el surco fresco y fecundo, puse en su corazón mi canto, el canto de mi vida, el supremo canto de mi amor. Ella, tierna y adorable, ahondó los presentimientos de mi canto, y me premió desde entonces con un ramo de las flores más bellas y más olorosas, donde había resedas y violetas y siemprevivas, atadas con el hilo de seda de su espiritualidad: las flores de su cariño.

Con ellas, con sus pétalos, marqué ciertos pasajes de mis libros queridos; con su perfume sentíme libre de los hastíos que divirtieran Werter y Leopardi, y creí que ya tenía justificativo y finalidad mis luchas y mis ansias.

Pero el jardín que tan lindas flores produjera se puso estéril, y la otra noche ya no hubo ramillete de mirtos y resedas para premiar mi canto.

Ella, la jardinera, quién sabe si lo ha olvidado ya. Tal vez lo musite en voz baja cuando el recuerdo se yerga ante ella como una interrogación. Pero, ya no hay flores para mí, y mis libros queridos se quedarán sin señalar; volverá a quedar mi vida sin justificativo y sin finalidad, y caeré de nuevo en las murrias y los hastíos que alimentan Werter y Leopardi.

J. Albertazzi Avendaño

(1) Rodó.—Obra citada.

Notas editoriales

De la calle

Caminando, caminando cierta tarde de estas por entre la polvareda de la calle, tropezamos con un grupo del cual surgía una música lamentable. Dijérase un oscuro dolor llorando a carcajadas.

Lo formaban dos hombres ya viejos de aspecto aguardentoso, y un niño. Diez años, a lo sumo, habrían pasado su plumero fugitivo sobre aquella frentecita sucia de tristeza.

Uno de los hombres y el niño, mal-tocaban la marimba. El otro rasgueaba una guitarra haciendo acompañamiento funeral a los cansados hipos de aquella extraña música.

Era en una de las licorerías de la vecindad de la sabana, y el concierto duraba desde por la mañana. El niño estaba cansado y se dormía por momentos; y a cada cabeceón que pegaba, un manotazo brutal del viejo compañero espantaba las mariposas del sueño que aleteaban en las florecillas de sus ojos.

Como la realidad! pensamos al mirarlo, repasando en nuestra memoria la ringlera de todas nuestras desvanecidas ilusiones.

Quisimos intervenir para evitar la brutalidad, pero nos contuvo un pensamiento. ¿Y si cuando nos alejemos la irritación del viejo redobla sus rigores?

Y he aquí que para evitar a aquel pobre niño mayores tormentos, lo dejamos—taciturnos y acobardados—entregado a su tarea de mezclar pedacitos de ensueño con trozos de vida lamentable.

Y durante la noche, el son de la marimba continuó resonando en nuestros oídos, como una serie de sollozos infantiles.

Por el Arte

Es un esfuerzo artístico que tiene merecidos los mejores estímulos, el que han llevado a cabo nuestros compañeros los hermanos Hernández al instalar su nuevo taller fotográfico denominado *Imperio*.

Holgaría cualquier elogio que de la alta capacidad artística de esos muchachos nos pusiéramos a hacer. El público conoce de sobra lo que ellos pueden dar.

Como hombres de esfuerzo que hemos sido siempre, nos creemos obligados a proclamar muy alto el mérito del suyo.

Como amigos de corazón que somos de ellos, nuestro ferviente deseo por su victoria es ya un voto que—estamos seguros—tendrá su más bello cumplimiento en el futuro.

De lo nuestro

Y nosotros seguimos avanzando en lo nuestro, seguros de que a nuestro grito tendrá que responder el país.

Como a su tiempo lo dijimos, *«habiendo libros y periódicos concienzudamente escogidos, podrían—si necesario fuese—cerrarse todos los colegios sin que el progreso intelectual sufriera menoscabo. Tal es el poder de la lectura.»*

Y en dar lectura sana, útil y barata, está el empeño en que tenazmente nos agitamos.

No nos detenemos a mirar hacia los lados, recelosos de las empresas similares cuya prosperidad no llega a incomodarnos. Sólo vemos nuestro campo y a él consagramos todas nuestras atenciones.

Y así, de frente al porvenir, vamos abanicando nuestros flancos con banderolas de esperanza.

El triunfo será nuestro y también de la cultura nacional.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

LECTURA BARATA, LIBRERIA DE FALCO, ZELEDON & Cía.

LAS NOVEDADES DE LA QUINCENA

PARA LOS MAESTROS

Nos ha llegado un espléndido lote de textos escolares argentinos y cubanos, muy recomendables por la exposición y el contenido, inspirados en las modernas doctrinas y prácticas pedagógicas. Los autores y títulos ya son una promesa. Véanse si no:

Metodología, de Víctor Mercante. 2 tomos pasta. Precio: ₡ 15-00.

Pedagogía, de J. Patrascoiu. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 8-55.

Metodología, de J. Patrascoiu. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 7-75.

Ejercicios de Laboratorio, de Eutemio D'Ovidio. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 4-55.

Botánica, de E. L. Holmberg. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 6-25.

Cultivo y desarrollo de la aptitud matemática del niño, de Víctor Mercante. 1 tomo rústica. Precio: ₡ 10-00.

La Lectura (Silabario), de V. Mercante. Primer semestre. 1 t. pta. Precio: ₡ 0-65.

Idem idem. Segundo semestre, de V. Mercante. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 0-65.

Nuestro cuerpo. Nuestra salud, del doctor Francisco Otero. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 1-85.

Síntesis aritmética (Ejercicios y Problemas para 5º y 6º grado), de Víctor Mercante. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 1-90.

El pequeño geómetra argentino, de A. Laroche. Primera parte. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 1-80.

Idem idem. Segunda parte. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 2-80.

Ejercicios y problemas de Geometría plana, de Víctor Mercante. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 2-50.

Lecciones de lenguaje, de C. Poncet. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 1-50.

Lecciones de lógica, de E. J. Varona. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 1-50.

Agricultura, de J. Cadenas. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 0-80.

Instrucción moral y cívica, de R. Montoro. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 0-80.

Literatura Hispano-americana y Clásica

Excelentes y famosas obras. Véanse:
Siete tratados, de Juan Montalvo. 2 tomos rústica. Precio: ₡ 4-00.

Prosa escogida, de Manuel Gutiérrez Nájera. 1 tomo rústica. Precio: ₡ 2-60.

Poesías (colección definitiva), de José A. Silva. 1 tomo rústica. Precio: ₡ 2-25.

Obras completas, de Cecilio Acosta. 5 tomos rústica. Precio: ₡ 20-00.

Grandes y pequeños hombres del Plata, de J. B. Alberdi. 1 tomo rústica. Precio: ₡ 2-00.

Biografía de J. Félix Rivas, de Juan Vicente González.

Los Evangelios Apócrifos, de varios. 1 tomo rústica. Precio: ₡ 1-50.

Las florecillas, de San Francisco. 1 tomo rústica. Precio: ₡ 1-50.

La Dorotea (Colección Renacimiento), de Lope de Vega. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 1-50.

Páginas escogidas (adoptadas como libro de lectura en varios países americanos. Preciosa antología), de E. Gómez Carrillo. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 1-75.

Mujeres de ayer y hoy, de Z. Aurora Cáceres. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 1-75.

Cuentos americanos, de R. Blanco Fombona. 1 tomo rústica. Precio: ₡ 1-00.

Cirugía política, de Enrique Pérez. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 1-75.

Catilinarias, de Juan Montalvo. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 3-75.

El Cosmopolita, de Juan Montalvo. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 9-35.

Geometría Moral, de Juan Montalvo. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 2-50.

Mercurial eclesiástica, de Juan Montalvo. 1 tomo pasta. Precio: ₡ 2-50.

Rayos católicos, de Jack the Ripper. 2 tomos rústica. Precio: ₡ 8-60.

Los residentes fuera de la ciudad, en lugares donde el tren no llega, deben acompañar al precio indicado. DIEZ CÉNTIMOS para el porte de cada tomo.—No se servirá ningún pedido si no viene acompañado del importe.

BIBLIOTECA DOMENECH

CON POCO DINERO

PUEDE CUALQUIERA HACERSE DE UNA INTERESANTE BIBLIOTECA

Cada tomo *lujosamente empastado*, no vale más que 50 céntimos

AGENCIA EXCLUSIVA EN CENTRO AMÉRICA,

LECTURA BARATA, FALCÓ, ZELEDÓN & CÍA

OBRAS PUBLICADAS:

- | | |
|---|---|
| ALMAS ANÓNIMAS, Eduardo Marquina | APUNTES DE UN DESCONOCIDO, 2 tomos, Fedor Dostoyevsky |
| MANZANA DE ANÍS, Francis Jammes | LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, G. Miró |
| EL CASO LEAVENWORTH; esta obra consta de dos tomos, A. K. Green | EL ESPADA MONTES, Frank Harris |
| JACOBÉ, Joaquín Ruyra | JERUSALÉN EN DALECARLIA, S. Lagerlöf |
| ZALACAÍN EL AVENTURERO, Pío Baroja | LA VOZ DE LAS CAMPANAS, C. Dickens |
| JUVENTUD DE PRÍNCIPE, W. M. Förster | HISTORIAS DE LOCOS, Miguel Sawa |
| TOM SAWYER, DETECTIVE, Mark Twain | NERTO, Federico Mistral |
| EL AMOR CATEDRÁTICO, G. Martínez S. | ANSIAS DE VIDA, Luis Q. Huertos |
| LA ENJUTA, Víctor Catalá | NUESTRAS HERMANAS, Henri Lavedan |
| ¡DIOS SALVE A LA REINA!, Allen Upward | ¿CULPABLE?, W. Le Queux |
| LA BELLA DORMÍA EN EL BOSQUE, François de Nion | EL LUNAR, Alfredo de Musset |
| REBELDÍA, Joaquín Dicenta | POR LA VIDA, J. Pous y Pagés |
| EL SEÑOR DE HALLEBORG, Hedenstjerna | LAS ROCAS BLANCAS, Eduardo Rod |
| KOLSTOMERO, Conde León Tolstói | SU MAJESTAD, Henri Lavedan |
| CASA POR ALQUILAR, Carlos Dickens | EL CADÁVER VIVIENTE, León Tolstói |
| MINNIE, Andrés Litchtenberger | EL REFLUJO, R. I. Stevenson |
| EL DRAGÓN DE FUEGO, Jacinto Benavente | ALMAS EN PENA, Bjornstjerne Björnson |
| ERNESTINA, Prudencio Bertrana | ERÓTICA, B. Morales San Martín |
| BODA OFICIAL, R. H. Savage | RELATO DE UN NIHILISTA, A. Tchekov |
| EL HURTO SABROSO, novela árabe, traducida por José Carner | EL CUPÓN FALSO, León Tolstói |
| REY EN LA TUMBA, Anthony Hope | MARÍA, Jorge Isaacs |
| FAUSTO, Ivan Turgueneff | DEL HUERTO PROVINCIANO, G. Miró |
| EL SILENCIO, Eduardo Rod | EL SECRETO DEL AHORCADO, C. Dickens |
| | BALADA, R. Sánchez Díaz |
| | EL ABISMO, C. Dickens y W. Collins |

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

LIBRO DE CARMEN LIRA

Deseo que se me considere como suscriptor a la obra de esta escritora nacional. Tomaré ejemplar.....

Nombre Dirección